

Con alegría recibo a Jesús, que viene a mí

Querido Víctor:

Los pasos que seguimos en la carta anterior (Padre Nuestro, Rito de la Paz, Fracción del Pan y Cordero de Dios) nos han conducido hacia la

COMUNIÓN.

Antes de entrar al tema, te voy a dejar una tarea: que preguntes a cinco personas qué significa para cada una de ellas el hecho de comulgar. Primero anotas en un papel qué significa para ti. Después anotas las cinco respuestas que te den y luego las comparas con la tuya. Finalmente, escribes una nueva respuesta, para ver qué tanto cambia tu primera respuesta, cuando la comparas con la de las otras personas. Estas pueden ser de diversas edades y sexo (cuanto más variadas, mejor) y no solamente de tu familia, sino de amigos y otros.

Después del “Cordero de Dios”, el sacerdote completa su preparación personal, rezando una oración en voz baja. A continuación nos muestra el Pan Eucarístico, diciendo:

“Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor”

Nosotros contestamos humildemente:

“Señor, no soy digno de que entres en mi casa; pero una palabra tuya bastará para sanarme”.

En lo anterior encontramos dos actitudes fundamentales con las que debemos acercarnos a comulgar: con gran alegría (dichosos por el maravilloso privilegio de alimentarnos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo) y con sincera humildad, de no ser dignos de tanto bien; pero también con la confianza de que Dios nos cure de nuestros pecados.

La respuesta nuestra está tomada del Evangelio que nos cuenta la fe del oficial romano: *”Entrando en Cafarnaum, se le acercó un centurión (oficial romano que tenía a sus órdenes cien soldados) suplicándole y diciéndole: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, gravemente atormentado. El le dijo: Yo iré y lo curaré. Y respondiendo el centurión, dijo: Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo; di solo una palabra y mi siervo será curado. Porque yo soy un subordinado, pero bajo mi tengo soldados, digo a éste: Vé y va; y al otro, ven, y viene; y a mi esclavo; Haz esto y lo hace.*

Oyéndole Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que en nadie de Israel he hallado tanta fe.”(Mt. 8, 5-10)

Es éste un hermoso ejemplo de cómo debemos acercarnos a la comunión. Tan bonito que hasta Jesús se maravilló de la fe de este soldado romano.

CANTO Y ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN.

La Instrucción General para el uso del Misal Romano, nos dice:

“Mientras el sacerdote y fieles reciben el sacramento, se tiene el canto de comunión; canto que también debe expresar, por la unión de voces, la unión espiritual de quienes están comulgando, demostrar al mismo tiempo la alegría del corazón y hacer más fraternal la procesión de los que van avanzando para recibir el Cuerpo de Cristo.

Enseguida nos habla de cuánto debe durar:

“El canto comienza cuando comulga el sacerdote, y se prolonga mientras comulgan los fieles, hasta el momento que parezca oportuno”

La misma IGMR, al presentar las diversas formas de hacer el canto de comunión, pone en primer lugar CANTAR LA ANTIFONA y el salmo respectivo (generalmente la antifona está tomada de un salmo).

Si no hay canto, los fieles rezamos la antifona, o la reza un lector o el sacerdote, antes de que distribuya la comunión.

La procesión de comunión debe ser digna y ordenada, de manera que uno pueda sentirse caminando acompañado de los demás hacia la participación en el alimento que el Señor nos ofrece. No debemos ir como si estuviéramos haciendo cola para subir al autobús. La procesión debe ayudarnos a recordar que somos peregrinos del Pueblo de Dios y que vamos caminando para acercarnos a El, con el sentimiento de participar en un acontecimiento tan importante.

No está de más volver a recordar la importancia del canto en la Misa. Si no se puede cantar la antifona y el canto, ayudará un canto de comunión, de preferencia conocido por la asamblea. También es recomendable que cinco minutos antes de la celebración, se ensayen cantos nuevos.

Cuando llegamos ante el ministro que está distribuyendo la comunión recibimos de éste el pan eucarístico en la boca (también se puede recibir en la mano) El ministro nos muestra la Eucaristía, diciendo: “El Cuerpo de Cristo” y nosotros contestamos: “AMEN” afirmando nuestra certeza como un acto de fe.

Terminada la comunión, nos sentamos todos y tenemos unos momentos de silencio, un espacio de oración personal y de relajación después de la intensidad de la comunión. Hermoso momento de intimidad con Jesús.

Como parte de este momento de recogimiento, puede ayudarnos, además de la oración personal, alguna de las oraciones compuestas para dar gracias, como por ejemplo, la siguiente:

Alma de Cristo, santifícame; Cuerpo de Cristo, sálvame; Sangre de Cristo, embriágame; agua del costado de Cristo, lávame; Pasión de Cristo, confórtame; ¡Oh buen Jesús!, óyeme; dentro de tus llagas, escóndeme; no permitas que me aparte de Ti; del enemigo malo, defiéndeme; y en la hora de mi muerte llámame y mándame ir a Ti, para que con tus ángeles y santos te bendiga, por los siglos de los siglos. Amén.”

Hasta aquí, hoy. Que el Señor te cuide al igual que a toda tu familia.

Alfonso Gómez.

RECUERDA.

- Dos son las actitudes fundamentales para acercarse a comulgar: **alegría y humildad.**
- Durante la procesión de la comunión, debemos sentirnos acompañados de los demás hacia la participación en el alimento que el Señor nos ofrece.
- Después de la comunión, me recojo unos minutos para dar gracias al Señor.

Intenta responder alguna pregunta.

1. ¿Por qué debemos acercarnos a la comunión con alegría y humildad?
2. Escribe una acción de gracias al Señor, con tus propias palabras, que te nazcan del corazón.
3. Escribe todo lo que recuerdes del día de tu primera comunión.

REFLEXIONES DOCTRINALES.

“La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Pero la celebración del sacrificio eucarístico está totalmente orientada hacia la unión íntima de los fieles con Cristo, por medio de la comunión. Comulgar es recibir a Cristo mismo que se ofrece por nosotros”. (CIC 1382)

“El Señor nos dirige una invitación urgente a recibirle en el sacramento de la Eucaristía; “En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros” (Jn. 6, 53)” (CIC 1384)

“LA UNIDAD DEL CUERPO MISTICO: LA EUCARISTIA HACE LA IGLESIA. Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo los une a todos los fieles en un solo cuerpo: La Iglesia. La comunión renueva, fortifica, profundiza esta incorporación a la Iglesia realizada ya por el Bautismo. En el Bautismo fuimos llamados a no formar más que un solo cuerpo. (Cf. I Co 12, 13) La Eucaristía realiza esta llamada: “El cáliz de bendición que bendecimos ¿No es acaso comunión con la sangre de Cristo? y el pan que partimos ¿No es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aún siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (CIC1396)